



José de Benito



## **Precursores de afrancesados**

De Estampas de España e Indias



### ***Preludio y tres estampas matritenses***

La crisis de crecimiento en Francia, su mala administración y las doctrinas de los filósofos del siglo XVIII, roturaron, sin sospecharlo, el campo revolucionario, preparando el derrumbe de los monarcas sucesores de San Luis.

Fue un noble, el Barón de Montesquieu, quien con sus *Cartas persas* (1723) y el *Espíritu de las leyes* (1748) abriera el camino al pensamiento libre en el examen crítico de instituciones hasta entonces tabú.

D'Alambert, Diderot, Mably, Raynal, Voltaire y Rousseau llenan con sus escritos el solar de Francia; se cartean con príncipes, aristócratas y abates; difunden en una sociedad que se encuentra en postura incomoda la «manía de pensar» y alumbran, sin colegir su alcance, las fuentes de la futura Democracia, rojas en el turbión revolucionario de sus primeros pasos.

Se afanaron los enciclopedistas por alcanzar las cumbres de las naciones en sus más caracterizados dirigentes, y el rey Federico en Prusia, Catalina en la Corte del viejo imperio de los zares y los ministros de Carlos III en España, recibieron el soplo de sus doctrinas, con el afán resuelto y sincero de aprovechar en beneficio de los pueblos las nuevas concepciones.

Acaso el colofón de aquellos filósofos no rebasó nunca en su concepto la Constitución francesa de 1791. Monárquicos eran Montesquieu, Voltaire y Mably, y los que como Diderot no estimaban forma útil la monarquía, ni aun en lo más recóndito de su pensamiento imaginaron una república para Francia.

-108-

España había llegado al siglo XVIII impregnada de la tristeza de los últimos Austrias, y el ansia de vivir apuntaba en el alma de aquellos de sus hijos soñadores en un mañana mejor. Así se forja por el padre Feijoo su *Teatro crítico universal* para desengaño de errores comunes, y así también por forcejeo contra el atrevimiento peligroso que significaba su sana orientación, se topó con el Tribunal del Santo Oficio, de cuyas manos hubo de sacarle el bondadoso rey Fernando VI, a quien había deleitado la lectura de la obra de Feijoo.

Como a lo largo de casi toda la Historia de España, es en ella donde se encuentra el inicio de las buenas doctrinas y no obstante su cuerpo vuelve luego con el marchamo de la extranjería.

Si Blanco White aprendió en el padre Feijoo a raciocinar, a examinar y a dudar, también hubieran podido en él saciar su sed de humanidad los Jovellanos, los Campomanes o los Conde de Aranda, que aspirando al viento ultrapirenaico se olvidaron de la brisa gallega tan vivificadora como aquel y de mayor raigambre hispánica.

Sino doloroso el de la hispanidad, que cuando encuentra un vocero, lo ha de ser a la manera ciega y torpe de un Bartolomé José Gallardo, capaz de afirmar que «poner el francés a la altura del castellano, es lo mismo que comparar el chiflo de un castrador con un órgano»; o del anónimo autor de un *Catecismo civil*, en el que a la pregunta de si es pecado matar a un francés, se responde: «No, padre; por el contrario, se gana el cielo matando a uno de esos perros herejes.»

El hecho es, sin embargo, que a partir de la publicación del *Discurso preliminar* de D'Alambert a la *Enciclopedia* (1751), los aires de París -aires de fronda y de revuelta- se filtran por los collados del Pirineo para ejercer su influjo en el solar del Cid, tan exhausto como necesitado de aciertos en la política exterior y en la interna.

Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, cada cual a su modo, son reflejo y juguete de remolinos, formados unos -109- en los alrededores del Temple o la Bastilla, y otros provocados por hombres de toga y publicistas, idealistas o ambiciosos, que lanzaban desde sus rincones de la provincia francesa, en miles de ejemplares, libelos e invectivas, alimento apropiado para el incendio que latente alentaba en el corazón de un pueblo cansado de fastos en la Corte y miseria en sus casas.

Las proclamas de Desmoulins en su *Filosofía al pueblo francés*; de Robespierre en Arrás o de Mirabeau en Aix, haciendo llamamiento a las naciones arlesiana o provenzal, y los *Avisos a los buenos normandos* que lanzara Thouret en Rouen, se difundían por España como si fuera cierto el «no más Pirineos» del Rey Sol, y calentaban los meollos de los buenos súbditos de Su Majestad Católica, de tal modo, que la prohibición de introducir en los reinos

ejemplares de la *Enciclopedia* decretada el año 1784 no hace más que servir de estímulo y acicate a las lecturas subrepticias tan en boga siempre por la «piel de toro ibérica».

\* \* \*

Voltaire bebía los buenos vinos que su amigo el señor Conde de Aranda le mandaba, agradecido a las ideas que aquél suministraba al magnate español. Montesquieu y Rousseau, pusieron, con décadas de anticipo, las bases de la gran Constitución «doceañista»; y el golpe que expulsó en 1763 a la Compañía de Jesús de las verdes tierras de la dulce Francia, tuvo su redoble en posterior labor conjunta de Moñino y Aranda al poner a la firma de Carlos III el decreto, aprobado en Roma y *favorablemente informado por la mayoría del episcopado español*, que lanzó del «ruedo ibérico» a los discípulos de San Ignacio.

Francia dirige el pensamiento español cuando más necesarias le son a éste directivas propias; y los lutos del desastre de Trafalgar a que condujo nuestros barcos el francés Villeneuve, por deseo de Napoleón e inconsciencia del apuesto extremeño don Manuel Godoy, son desvalida -110- aurora del sangriento amanecer de la Independencia en que el puro sentido difuso españolista del pueblo se revuelve contra una tutela ya desenguantada. Y por el mismo fondo de atávico respeto que hacía gritar a los comuneros de Nueva Granada: ¡Viva el rey y abajo el mal gobierno! -cuando el gobierno lo sostenía el rey-; los españoles que se batían por una libertad que su monarca cobardemente enajenara, caían bajo el plomo francés brotándole a los labios, junto a la roja flor de su heroica sangre vertida, el grito incomprensible de ¡Viva el rey Fernando!

## ***Estampas de un domingo septembrino***

### I. El ambiente

Madrid se agita en las primicias del reinado de Carlos III bien acogido por sus leales súbditos al suceder a su hermano don Fernando, el sexto de este nombre, muerto hace un año.

Plaza de las Descalzas Reales. Sillete de tijera al brazo, velo negro de blonda o tul y recogida la falda en gesto limpio y pudoroso, doncellas, damas y dueñas madrileñas se acercan con recogimiento al señorial templo, cuya campana grande repica el tercer toque de la misa de doce que por especial gracia de Su Santidad se dice en este convento.

A la solana del monasterio y bajo las acacias del jardín público descansan en corrillos los eternos paseantes en cortes. Capas y sombreros que años más tarde habrán de ocasionar un motín, se agitan en saludos y cuchicheos. Y el comentario sobre el afán novedoso de que parece imbuido el rey nuestro señor y las noticias quo de tierras de Francia traen los «enterados» saltan jubilosamente en «confidencia» de lengua a oído y de oído a lengua, dando vuelta a la plaza para lanzarse luego por la Villa y Corte.

### II. Monte real de El Pardo

Hora de mediodía. Por las jaras que rodean el palacete de la Zarzuela un buen burgués persigue afanosamente los bandos de perdices. Tricornio y polainas negros. Peluca y plastrón blanco que le sujeta el cuello. Amplia banda de seda azul asoma por entre la casaca verde que, abierta, deja ver al cinto el

cuchillo de caza. El buen burgués lleva en su mano izquierda y a punto de terciarla soberbia escopeta. Delante, a veinte metros, tres perros perdigueros de fina planta. Detrás, un guardabosque y un escopetero le sirven la escolta.

Los perros jadean al quedar de muestra junto a un chaparro. Perdices de abultado buche levantan con estrépito de entre las matas de romero, para salvar en apurado vuelo, a riesgo de tropezar con un plomo certero, la primera loma del horizonte. El cazador, al ir a disparar advierte -acaso por el peso del arma- que su estómago reclama el alimento, y sin oprimir el gatillo descansa la culata en el suelo, llama a sus perdigueros y dirige sus pasos y su nariz prominente hacia el pabellón del cazadero seguido con respeto y a distancia por sus dos rústicos monteros.

Tras su ejercicio matinal, el buen rey don Carlos III, entre su sopicaldo y un estofado, sueña en hacer de su reino un país progresivo y liberal.

▽△

### III. El mesón de Botín

Recién pintada, la muestra del mesón se balancea llamando miradas de curiosos que pasan por la plazuela de Herradores. Un lechoncillo sonrosado sostiene entre los dientes verde ramo de perejil. Bajo el emblema, -113- el propio mesonero -amplia panza y blanco mandilón- sonríe al ver aparecer por la calle de las Fuentes, braceando en corto, el tronco de alazanes que va enganchado a la carroza del señor Conde de Aranda. No es el primer domingo que el señor conde se entrevista con algún amigo en uno de los comedores reservados, que desde el 25 de enero de 1620 albergan elevados personajes, y hace poco llegó preguntando por él un caballero como de treinta años, con acento murciano y buen aspecto, a quien ha hecho pasar a su mejor comedor del primer piso.

Servilón y jovial el mesonero se adelanta a la puerta del coche, apenas éste se detiene, de la que, abierta, desciende con el paso firme que conviene a su condición de militar y aristócrata en sus cuarenta y dos años, el ilustre prócer aragonés señor Conde de Aranda.

Silüeta fina y nerviosa la del señor conde. Mirada penetrante. Cejas en buen arco. Nariz aguileña y frente despejada que recorta una peluca cuidadosamente rizada y empolvada. La chorrera de encaje de Bruselas asoma por entre la casaca negra de terciopelo, bordada sobriamente en solapas, hombros y bocamangas.

-Bienvenido a esta humilde casa, mi señor conde -dice respetuoso el mesonero.

-¿Ha llegado un amigo? -interroga el de Aranda.

-Hará unos diez minutos que espera en el comedor reservado, señor conde -responde el dueño del mesón.

Y el prócer y el plebeyo se adentran en la casa, seguidos por la vista de los concurrentes del mostrador; suben la angosta escalera que conduce a la segunda planta y el visitante penetra en la salita donde sale ceremoniosamente a saludarle su invitado. Se cruzan palabras corteses de afecto, siéntanse, y concienzudamente dan cuenta de un besugo al horno y un dorado lechón que riegan con añejo valdepeñas servido en panzuda jarra de Talavera.

Se habla de América y del comercio de Indias; de un proyecto del Conde de Peñafiorida para impulsar los estudios económicos en las Vascongadas; de otro del -114- propio señor Conde de Aranda para reformar y embellecer el antiguo Prado de San Jerónimo; del Concordato de 1753 que afirma la autoridad del poder real a propósito de unas regalías. Pero se advierte que la conversación no ha llegado al tema que interesa.

Terminado el almuerzo, el compañero del de Aranda dice:

-Y ahora, mi querido conde, que he colmado mi legítima impaciencia, entreteniéndola gracias a vuestro ameno disertar y a los manjares que este picarón de Botín nos ha servido, dígame su merced esas noticias de que me hablara ayer sin concretar.

-Son nuevas de mi amigo Arouet, llegadas el viernes por la última posta de Ferney. Parece que en París no se ve fin a la guerra con Prusia y la marcha no es nada favorable a los aliados. Las gentes no recatan su malestar y aunque monsieur le duc de Choisseul hace esfuerzos por reparar las consecuencias de estos cuatro años de guerra, el gran Voltaire me dice que es preciso adelantarse a las exigencias cada vez más concretas de un pueblo harto de razón y de paciencia. Mientras tanto, él está trabajando en un diccionario filosófico en el que confía poner en claro muchos conceptos políticos. Las nuevas ideas se abren camino y la admirable labor del Barón de Montesquieu no se ha interrumpido con su muerte. Pero lo que hay de más interés en todo esto, amigo Moñino, es que hoy las ideas no conocen fronteras y la labor de estos grandes pensadores franceses puede y debe ser aprovechada por los españoles para sanear nuestra hacienda, mejorar nuestras universidades y colegios, elevar la condición de las colonias de Indias, organizar nuestro comercio, harto raquítrico, y en una palabra, amigo mío, lograr, como me dice mi amigo Voltaire, con sumo acierto, que desaparezcan los obstáculos que se oponen al triunfo de la justicia hasta aquí maltrecha por los apetitos desenfrenados de unos cuantos ciegos y ensoberbecidos.

- Me alegra cuanto vuesa merced me ha dicho -declaró el interlocutor del conde-, porque, a lo que yo -115- creo, la experiencia será aquí posible gracias a la excelente disposición de ánimo de nuestro rey don Carlos.

-Tal es, en efecto, mi opinión, y estimo que de nuestro esfuerzo dependen la paz, el bienestar y la tranquilidad de las Españas, y así habremos de procurarlo poniendo en ello los mayores empeños. Pero todo esto, amigo mío, quede por ahora entre nosotros y sírvanos para como dijo Dido a Eneas: «Non ignara mali, miseri, succurrere disco», que en buen romance podemos traducir por «Conociendo yo el mal, podré socorrer a los desdichados». Mas creo que



son las dos y media las que han sonado en San Ginés, y es hora de separarnos.

Con las mismas zalemas que a la entrada, el mesonero los acompaña hasta la puerta; salta ligero a su carroza el señor conde; se aleja don José Moñino con desenvuelto continente, atravesando la plazuela que otrora fuese lonja de contratación de servidores y mozos de sillas de manto, para dirigirse hacia la calle de Atocha, y la sonrisa maliciosa del dueño del mesón llena de nuevo su rostro, mientras al trote de sus caballos se pierde la carroza en dirección de la carrera del Arenal camino de los Recoletos.

Bogotá, a 31 de mayo de 1939.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**